

Eliot: pecado y paraíso

por Pablo Ingberg

En un trabajo acerca de la conversión de Thomas Stearns Eliot a la Iglesia Anglicana, aparecido hace un tiempo,¹ postulé por qué, a mi entender, su decisión implicaba, al mismo tiempo que su ingreso al catolicismo (en su versión inglesa), un rechazo del puritanismo.

Mi tesis (opción por la religión oficial del estado cuya nacionalidad adoptaba, sin que esto implique sumisión ni pérdida de independencia para opinar, religión que, por su carácter de no reformista, le permitía abrazar indirectamente la tradición europea de religión católica, etimológicamente universal) me parecía clara y sustentada en sus grandes modelos (Dante, Virgilio) y en algunos datos biográficos (su interés por los místicos, su *nurse* católica), pero más que eso me movía a declararla el hecho de que he leído y escuchado hablar a menudo de su “puritanismo”. Despejado lo que creo un error si se toma así, como suele suceder, unidimensionalmente y no pocas veces sobre la base de mala información, me propongo reconocer en qué sentido era Eliot también puritano (además de otras cosas), aunque optara por el anglocatolicismo: su educación puritana no podría haber desaparecido sin dejar mella, por más que él haya buscado una dimensión espiritual que una religión, convertida en mera moral, no podía brindarle.

Jaime Rest, quien entre 1952 y 1960 publicó en revistas (*Centro*, *Imago Mundi*) y separatas un conjunto de trabajos sobre Eliot, en los que se maneja con una solidez, una erudición y una sensibilidad dignas de admiración, describió en uno de ellos,² que me llamó particularmente la atención cuando di con él hace unos años, un recorrido a través de la obra del poeta desde el infierno al paraíso, marcado por una serie de citas de la *Divina Comedia* o referencias a ella. En *The Waste Land*, la primera (vv. 62-3, la multitud fantasmal cruzando el Puente de Londres hacia la *City*) es una alusión al “Infierno” (III.55-7, escena similar que Eliot traduce casi textualmente), y la última (v. 427), una cita del “Purgatorio” que nos habla del fuego purificador (“Poi s’ascose nel foco che gli affina”, “Purgatorio”, XXVI.148). Entre medio hay otras citas y referencias, todas de “Infierno” y “Purgatorio”, ninguna del “Paraíso”. Rest afirma que “el ascenso de la escalera purgatorial es tema de la tercera parte de “Ash Wednesday”,³ una lectura alegórica un poco obvia (se trata precisamente de un ascenso por escalera en un clima de oración) aunque no desacertada: de hecho omite que en la cuarta parte del mismo poema hay una cita ínfima (“Sovenha vos”) de las palabras de Arnaut Daniel en los versos del “Purgatorio” inmediatamente anteriores al citado en último término en *The Waste Land* (es decir, el ruego del poeta provenzal a Dante de que lo recuerde en sus oraciones). Agregó, además, que en el final de “Ash Wednesday” hay una suerte de paraíso por el ascetismo y la devoción (la austeridad en el tránsito entre nacimiento y muerte y la oración plena de fervor), tema sobre el que volveré más adelante. Por último señala Rest la única cita del “Paraíso”, que finalmente aparece en “The Dry Salvages”: “Figlia del tuo figlio” (maravilloso apóstrofe a la Virgen que hace San Bernardo al comenzar el canto XXXIII).

Giorgos Seferis, por su parte, escribió también algunos trabajos sobre Eliot,⁴ quien precisamente había sostenido (no recuerdo en este momento la cita exacta) que habría de estar mejor capacitado para la crítica de poesía aquél que fuera al mismo tiempo poeta: Seferis lo demuestra en estos trabajos, rigidos simultáneamente por la afinidad y la independencia de criterio. En varios párrafos

¹ *Unicornio*, Año I, N° 2, agosto-setiembre 1993, p. 11.

² Rest, J., “La poesía de T. S. Eliot: *The Waste Land*”, *Centro*, Revista del CEFyL, N° 9, Buenos Aires, julio 1955, pp. 11-29.

³ *Ibid.*, p. 26.

⁴ Incluidos en Seferis, G., *K. P. Kavafis / T. S. Eliot*, FCE, México, 1988.

pone de manifiesto la influencia, en los poemas de que se ocupa, de la educación puritana de su autor. Así, en una introducción que escribiera en 1936 para su propia traducción al griego de *The Waste Land*, afirma: “El catolicismo de Eliot conserva siempre algo del remordimiento puritano... (...) ... me resulta muy difícil imaginar a un católico sin su Paraíso, o que teniéndolo, esté lejos de él. Eliot, en cambio, franquea los círculos del Infierno, y lo hace sólo para entrar en el Purgatorio. Su poesía se vuelve siempre ‘en contra de’ –sólo entonces, me parece, obra su mayor efecto– y halla su salvación cuando se sumerge en el elemento purificador: ‘nel foco che gli affina’”.⁵ En una nota escrita años más tarde para la edición de sus ensayos, agrega Seferis: “Eliot busca el paraíso o la purificación y parece encontrarlo en los *Cuatro Cuartetos* con una devoción mística y un ascetismo particularmente intensos”.⁶ Juzgo necesario hacer algunas salvedades a estas afirmaciones. En primer lugar, no creo que el mayor efecto de la poesía de Eliot obre cuando se vuelve “en contra de”, a menos que esta expresión se considere tan amplia que incluya, por ejemplo, “en contra de los propios fantasmas”. Y aun así, no me parece que, por citar un caso, logre su mejor efecto en pasajes como el de la mecanógrafa sometida por un empleado vulgar bajo la mirada de Tiresias, dentro de la Parte III de *The Waste Land*, del que me ocuparé en seguida. En cambio, un pasaje como el inicial de la Parte V del mismo poema, un desierto bastante cercano al purgatorio, en el que la evocación del viaje a Emaús (en el que Cristo resucitado se presenta a sus discípulos) permite colegir una esperanza de redención (no muy entusiasta, es cierto, pero al fin y al cabo una especie de paraíso que le era dado concebir), siempre me ha resultado de los más bellos y de mejor efecto en toda su obra, sin que se destaque en él en contra de qué cosa en particular pueda volverse. En segundo lugar, a Seferis se le escapa un dato de no poca importancia: cuando Eliot escribió *The Waste Land* no se había convertido aún (ni pensaba hacerlo) al anglocatolicismo; sólo cinco años después llegaría el bautismo. Teniendo en cuenta esto, siempre desde el mismo punto de vista, puede volverse explicable la ausencia de paraíso en aquel poema (si bien no es un argumento de peso definitivo, puesto que la mera conversión no puede explicarlo todo). Por último, he puesto de manifiesto que el paraíso por el ascetismo y la devoción de que habla Seferis ya apuntaba en “Ash Wednesday” (tal vez prefigurado, incluso, por aquél pasaje sobre Emaús), primera composición poética posterior a la conversión, aunque coincido con el griego en que allí “se advierten con claridad las huellas de las dificultades que Eliot debió afrontar al escribirla”,⁷ sobre todo por el esfuerzo que deja traslucir el fervor en la oración.

En el trabajo mío al que aludo a principios de éste, pongo de relieve la diferencia fundamental que puede apreciarse entre la repugnancia subyacente (o quizá debiera decir evidente) hacia el “pecado carnal” en la mencionada escena de la mecanógrafa, y la sensualidad con que se refiere a él, aun rechazándolo, San Agustín en sus *Confesiones*, obra a la que alude Eliot en los versos siguientes a aquéllos. Más allá de cualquier interpretación psicológica (que dejo para quienes se interesen en ellas), me parece que allí puede encontrarse una forma en que el puritanismo con que fue educado se manifiesta en él. Diría que es una forma personal; y no la única: el imperativo moral y la búsqueda de ascetismo, que pueden bucearse en gran parte de su obra, tienen indiscutiblemente que ver con eso. Pero también debe tenerse en cuenta en el mismo sentido su sincretismo particular, del que no están ausentes el hinduismo de la *Bhagavad Gita* y el budismo. No soy muy entendido en estos temas (y me gustaría verlos tratados por alguien que lo fuera), pero, si no me equivoco, la concepción del tiempo desarrollada en *Four Quartets* (resumida en el célebre hemistiquio “And all is always now”) se alimenta tanto del libro XI de las *Confesiones* como de la doctrina budista (y, quizás, del hinduismo). Esto demuestra que no se privó de abreviar en el catolicismo, el puritanismo, el budismo, el hinduismo (en

⁵ *Ibid.*, p. 23.

⁶ *Ibid.*, p. 113.

⁷ *Ibid.*, p. 24.

grandes escritos espirituales de todas las épocas, diría) pero que eligió profesar la religión anglicana, lo cual, después de todo, debe serle respetado. Cualquier enfoque unidimensional se autocondena al fracaso. Finalmente su obra, acechada desde el diván espiritista, desde el color de los zapatos o desde tal o cual dogma, escapará siempre al cazador de una sola flecha.